La santificación del tiempo. La Liturgia de las Horas a lo largo del año litúrgico

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena
Delegado diocesano de liturgia de la diócesis de Pamplona

1. ¿Qué significa «santificar»?

De las cinco acepciones que el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española ofrece para la palabra «santificar», cuatro de ellas tienen un significado religioso:

1. Hacer a alguien santo por medio de la gracia.
2. Dedicar a Dios algo.
3. Hacer venerable algo por la presencia o contacto de lo que es santo.
4. Reconocer a quien es santo, honrándolo y sirviéndolo como a tal.

Y concretamente, las tres primeras son válidas para el tema que estamos abordando.

De un modo u otro, santificar nos remite a Dios, el único santo. Ya que la santidad es una de las características esenciales divinas, como ahora explicaremos. Y Dios hace partícipe al ser humano de su santidad. Así los hombres y mujeres son santificados, son divinizados.

1.1. La santidad, característica esencial de Dios

Dios es santo. Más aún, en la revelación bíblica, el único santo. «Yo soy santo» (*Lev* 11, 44), dirá de sí mismo. Y se definirá como Dios y no como hombre, siendo santo: «Yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros» (*Os* 11, 9). En esta misma dirección se sitúa la experiencia del profeta Isaías en su visión celestial, donde los serafines que estaban delante del trono del Señor gritaban: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!» (*Is* 6, 3). Aclamación que nosotros repetimos en cada misa como conclusión del prefacio que inicia la plegaria eucarística.

La santidad de Dios, característica esencial de Él, se expresa principalmente como comunión de amor de la Trinidad. Dios es comunión de personas (*ad intra*) y crea comunión (*ad extra*). Dios es amor (*ad intra*) e irradia amor (*ad extra*).

1.2. La santificación del ser humano

El ser humano, creado para la comunión con Dios, creado por amor, está llamado a participar de la santidad de Dios.

Dios es santo y para acercarse a Él es necesario santificarse. Así queda recogido en el Levítico: «Yo soy el Señor, vuestro Dios; santificaos y sed santos, pues yo soy santo» (*Lev* 11, 44). Y san Pedro, aludiendo a este texto del Levítico, invita a los cristianos a ser santos: «Lo mismo que es santo el que os llamó, sed santos también vosotros [...] porque está escrito: "Seréis santos, porque yo soy santo"» (1 *Pe* 1, 15-16).

El capítulo V de la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II *Lumen gentium* desarrolla la vocación universal a la santidad en la Iglesia y recientemente el papa Francisco ha dedicado la exhortación apostólica *Gaudete et exultate* a la llamada a la santidad en el mundo actual.

Los diferentes caminos para alcanzar la santidad pasan por los dos rasgos principales que hemos señalado que manifiestan la santidad de Dios: comunión con Dios y con el prójimo, y amor a Dios y al prójimo. Y esto se consigue, más que por nuestras propias fuerzas, «por la presencia o contacto de lo que es santo», como indicaba el mencionado *Diccionario de la lengua española* en una de sus definiciones de «santificar». Y este contacto se ha dado particularmente en el tiempo, en la historia humana que ha sido «tocada» por Dios mismo transformándola en historia de la salvación.

2. El tiempo humano

A partir de la experiencia vital, percibimos el tiempo humano configurado por los procesos astronómicos que lo enmarcan en la historia. De modo que nuestra relación con el tiempo es existencial, más allá de que pueda haber una reflexión sobre el tiempo.

No obstante, el intento por comprender el tiempo, su significado, por qué estamos inmersos en un sistema temporal, excede nuestra capacidad. Ya san Agustín, consciente de esta imposibilidad, escribió: «¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no

lo sé»[1]. Así que no resulta extraño, por tanto, que en algunas culturas de la Antigüedad lo consideraran como una de sus múltiples divinidades[2]. Sin embargo, el tiempo no es un dios, sino que ha sido creado por Dios como modo de lo finito. Y Dios coexiste con todo tiempo, lo sustenta y lo dirige.

Partamos, pues, como hemos comenzado diciendo, de nuestra propia experiencia: del tiempo que avanza en nuestra vida.

2.1. Tiempo astronómico

El tiempo astronómico es aquel que rige el cosmos. De la observación de los astros —movimiento del sol, de la luna, de la tierra— surgen diferentes medidas temporales: año, mes, semana, día, hora. En la Antigüedad, las diferentes culturas establecieron diversos criterios para su cálculo o para establecer su comienzo y conclusión.

Vamos a exponer la configuración actual, teniendo en cuenta su sustrato judío y grecorromano.

2.1.1. Año

Observando el cielo, los cambios de estrellas en el transcurso de los días, el cambio de las estaciones —en aquellos lugares donde las hay—, descubrimos que este ciclo se repite periódicamente. Ciclo que conocemos con el nombre de «año».

El año es el tiempo que tarda la Tierra en dar la vuelta alrededor del sol: 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,16 segundos. Para ajustar este dato con un cómputo exacto, un año se considera 365 días, aunque cada cuatro años se añade un día al año (bisiesto), salvo los años centenarios (100, 200, 300...) a no ser que sean múltiplos de 4 (400, 800, 1200...).

El año civil comienza en la actualidad el 1 de enero. Aunque no siempre ha sido así a lo largo de la historia y en las diferentes culturas. El año hebreo, en la época anterior al exilio, comenzaba en otoño, en el mes de Tisri (cf. *Éx* 23, 16; 34, 22); el año nuevo se celebraba junto con la fiesta de las Tiendas para recordar la creación del primer hombre, que, según la tradición judía, ocurrió en otoño. Más tarde, se pasó el comienzo a primavera (marzo-abril), al mes de Nisán (cf. *Éx* 12, 2), quizá por influencia babilónica, cultura que tenía fijado en ese mes el inicio de su año religioso; también de la nomenclatura de los meses de Babilonia se

---

[1] San Agustín, *Confessiones* XI, 14, 17.

[2] Cf. M. L. von Franz, *L'esperienza del tempo. Il dio arcano che presiede alla vita*, Tea Due, Milán 1997, p. 9.

tomó el nombre de ese mes, pues previamente se denominaba Abib (cf. *Dt* 16, 1; *Éx* 13, 4). Por otra parte, el año civil romano comenzaba inicialmente el 1 de marzo. Sin embargo, a partir del año 153 a. C. los nuevos cónsules comenzaron a tomar posesión de su cargo el 1 de enero, considerándose desde entonces el inicio oficial del año en el Imperio romano.

2.1.2. Mes

Otro de los fenómenos astronómicos que se descubren de la observación del cielo son las diferentes fases de la luna: nueva, creciente, llena, menguante, que se producen por la traslación de la luna alrededor de la Tierra. Un período completo de estas fases fue denominado «mes».

El mes lunar tiene 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Sin embargo, en nuestro sistema temporal actual, el mes ya no corresponde a este mes lunar.

En la Antigüedad, para poder ajustar estos 29,5 días a un cómputo exacto se establecieron meses de 29 y 30 días, que discurrían alternativamente a lo largo del año. Así, un año tendría 12 meses, que sumaba 354, por lo que algunos pueblos establecieron la incorporación periódica de un decimotercer mes para ajustar el desfase. Entre ellos los judíos, que lo añadían siete veces en un ciclo de 19 años.

Para los judíos el mes comenzaba con la luna nueva.

Y una cuarta parte del mes, más o menos, fue denominada «semana».

3.1.3. Día

Al mirar al cielo, vemos cómo sale el sol, va avanzando por la órbita celeste, llega a su cénit, y declina hasta que oscurece. Y, pasada la noche, vuelve a salir. Este arco de tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre sí misma se conoce con el nombre de «día».

En la cultura hebrea el día comienza al atardecer, cuando se ven las primeras estrellas. Así lo leemos en las primeras páginas de la Biblia: «Pasó una tarde, pasó una mañana, el día primero [...]; pasó una tarde, pasó una mañana, el día segundo...» (*Gén* 1, 1ss.).

2.1.4. Hora

Los romanos dividían el día en dos partes: tiempo de luz y tiempo de oscuridad. Las horas de luz se subdividían en doce partes, llamadas «horas». Estas eran más largas o más cortas según fuera verano o invierno, según hubiera más o menos horas de luz. Las horas de oscuridad se componían de cuatro vigilias.

Con el tiempo, la subdivisión de las horas de luz se aplicó también a las de oscuridad, dando lugar a las 24 horas en las que dividimos actualmente el día.

2.2. Tiempo histórico

El tiempo histórico es el tiempo de los hombres, el tiempo que surge con el fluir de los acontecimientos, el tiempo que pasa. Este tiempo histórico podemos vivirlo lineal, circular o discontinuamente[3].

2.2.1. Visión lineal

En una concepción lineal del tiempo este es contemplado como una sucesión de eventos, dando lugar a un pasado, un presente y un futuro. Esto es, se distingue el tiempo actual (presente), del tiempo vivido (pasado) y el tiempo por venir (futuro).

2.2.2. Visión circular

El pensamiento griego concibe el tiempo cíclicamente, repitiéndose continuamente. Vuelven las estaciones, vuelven algunos acontecimientos históricos, vuelven las crisis sociales o económicas, vuelven las modas, etc. El tiempo está dominado por la ley del eterno retorno, según la cual los mismos eventos se reproducen una y otra vez, sin tener como objetivo ningún fin. En palabras de Qohelet:

> *Lo que pasó volverá a pasar; lo que ocurrió volverá a ocurrir: nada hay nuevo bajo el sol. De algunas cosas se dice: «Mira, esto es nuevo». Sin embargo, ya sucedió en otros tiempos, mucho antes de nosotros (Eclo 1, 9-10).*

2.2.3. Visión discontinua

Hoy en día se vive el tiempo de un modo discontinuo. Ya no se percibe el tiempo como la memoria de un pasado, la manifestación de un presente y el diseño de un futuro. Sino que el tiempo se ha convertido en un espacio vacío que debe ser llenado con todo tipo de actividades. Ya no se habla de «tiempo», sino de «tiempos». Se da una fragmentación que cosifica el tiempo. El tiempo está siempre planeado. Y no se deja espacio para que tomen protagonismo sus posibilidades relacionales con uno mismo o con otros, o para que despliegue su dimensión de misterio, quedando enjaulado en una compresión productivo-eficientista.

---

[3] Cf. O. Cullmann, Cristo y el tiempo, Cristiandad, Madrid 2008, pp. 69-80.

2.3. Términos para referirse al tiempo en la Sagrada Escritura

En la traducción griega de los LXX y en el Nuevo Testamento encontramos tres vocablos para referirse al tiempo con diferente trasfondo teológico: *chrónos*, *kairós* y *aiôn*[4].

Además, la Sagrada Escritura describe el arco temporal de la historia de la humanidad, desde la creación, en el Génesis, hasta la transformación definitiva de todo lo creado, en el Apocalipsis. Y la Biblia comienza y termina con unas afirmaciones temporales: «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» (*Gén* 1, 1); «Sí, vengo pronto» (*Ap* 22, 20).

2.3.1. *Chronos*

Chronos[5] define formalmente un momento, esto es, un lapso de tiempo con una duración precisa. De modo que *chronos* significaría «tiempo» en el sentido más común del término: el tiempo en general, el tiempo en su curso, el tiempo que pasa.

En el Antiguo Testamento, que en hebreo corresponde a más de un vocablo, aparece unas cien veces, mientras que en el Nuevo Testamento lo hace unas cincuenta y cuatro veces.

En la concepción bíblica hay un tiempo —*chronos*— para los hombres y otro tiempo —*chronos*— para la actuación de Dios (cf. *Gén* 26, 1.15; *Is* 54, 9; *Hch* 1, 21; 1 *Cor* 7, 39; *Gál* 4, 1; 1 *Pe* 1, 17).

Sin embargo, este *chronos* humano ha cambiado con el nacimiento de Cristo, que ha entrado en nuestro tiempo: «Cuando llegó la plenitud del tiempo (*chronos*)» (*Gál* 4, 4). Ya que la aparición de Cristo lleva, de una vez por todas, el tiempo a plenitud, esto es, el tiempo de los hombres ha sido invadido por la acción divina, señalando un tiempo previo a Cristo y un tiempo después de él (cf. *Hch* 17, 30; 1 *Pe* 1, 20; 4, 1-3). Pero este tiempo no es definitivo ya que esperamos «el tiempo (*chronos*) de la restauración universal» (*Hch* 3, 21).

---

[4] Cf. J. Muilenburg, «The biblical view of time», *The Harvard Theological Review* 54 (1961), pp. 225-252; J. T. Nelis-A. Lacocque, «Tiempo», en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, pp. 1509-1511; A. Petitjean, «La concezione ebraica del tempo», *Rivista Biblica* 26 (1978), pp. 401-421.

[5] Cf. Cullmann, *Cristo y el tiempo*, pp. 67-68; H.-Ch. Hahn, «Tiempo (*chronos*)», en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* IV, L. Coenen-E. Beyreuther-H. Bietenhard (eds.), (Biblioteca de Estudios Bíblicos 29),Sígueme, Salamanca 1984, pp. 272-276.

2.3.2. *Kairós*

Kairós[6] es un momento puntual, un instante privilegiado, una ocasión propicia.

Kairós, que corresponde al vocablo hebreo *'et*, aparece unas trescientas veces en los LXX y en torno a ochenta y cinco veces en el Nuevo Testamento. Los profetas aplican el término cuando hablan del día del Señor (cf. *Jer* 3, 17; 4, 11; 8, 1; *Dan* 12, 1). También aparece para señalar los momentos puntuales en los que Dios interviene en nuestra historia, para ofrecer su salvación, bien en el Antiguo Testamento, bien en el Nuevo (cf. *Is* 28, 23-29; *Jer* 8, 7; *Ez* 16, 8; y sobre todo *Eclo* 3; *Mc* 1, 14; *Lc* 12, 54; *Lc* 19, 44; *Rom* 13, 8; 2 *Cor* 6, 1, etc.).

Fundamentalmente, en la teología bíblica se reserva *kairós* para indicar los dos acontecimientos más importantes de la historia de la salvación: la liberación del pueblo judío de la esclavitud que vivía en Egipto, en el Antiguo Testamento; la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios, en el Nuevo Testamento.

2.3.3. *Aiôn*

Aiôn[7] indica la dimensión temporal de la vida humana, el tiempo vivido y el tiempo por vivir. Se refiere, por tanto, bien al pasado, bien al futuro.

En los LXX aparece unas cuatrocientas cincuenta veces, y traduce el término hebreo 'ôlan; en el Nuevo Testamento lo encontramos unas cien veces. Hace mención a la duración del tiempo con cierta extensión.

En la literatura neotestamentaria, normalmente, Cristo marca la distinción entre el *aiôn* pasado, de pecado e imperfección, y el *aiôn* futuro, donde el pecado ha sido vencido y los justos reciben su premio (cf. *Mt* 12, 32; *Jn* 3, 15ss; 5, 24; 17, 3; *Rom* 2, 7; 6, 22-23; *Gál* 1, 4; 4, 4; 6, 8).

---

[6] Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 55-62; H.-Ch. HAHN, «Tiempo (*kairós*)», en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* IV, pp. 267-272.

[7] Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, pp. 62-66; J. GUHRT, «Tiempo (*aiôn*)», en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* IV, pp. 262-267.

3. La santificación del tiempo

Dios «ha tocado» nuestra historia convirtiendo el tiempo de los hombres en tiempo salvífico. El Dios eterno, atemporal, ha pasado a ser el Dios con nosotros, Enmanuel (cf. *Mt* 1, 23). El tiempo humano se ha convertido en tiempo sagrado.

> *En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación*[8].

La revelación bíblica no niega el tiempo del hombre, ni lo disuelve en la eternidad, sino que le da una consistencia nueva y superior. De este modo coexisten eternidad y temporalidad, un hecho que la tradición denominó *aeviternidad* (de la unión de *aevum* —en su significado de tiempo— y de *aeternitas*)[9].

Así, Dios mantiene su atemporalidad y respeta nuestro tiempo. Las medidas del tiempo humano permanecen: horas, días, meses, años. Y también se mantiene nuestra vivencia del tiempo: lineal, circular, discontinua. Pero al introducirse Dios en nuestra historia, en nuestro tiempo, caminando a nuestro paso y revelando su santidad para santificarnos, «cada una de estas medidas está impregnada de la presencia de Dios y de su acción salvífica»[10].

3.1. La progresiva revelación de Dios en la historia

La Biblia recoge la progresiva revelación de Dios a la humanidad. El pueblo de Israel tiene la experiencia de un Dios que interviene en su historia, sus continuos *kairoi*. A diferencia de otros pueblos que se ponen en busca de la divinidad, el pueblo de Israel vive la experiencia contraria: Dios sale en búsqueda del ser humano, que ha creado, porque quiere reestablecer la amistad que el pecado había roto y compartir con él la plenitud de su vida. En definitiva, quiere santificarlo.

Así, Dios sale al encuentro de la humanidad por medio de la elección de Abrahán y lo pone en camino (cf. *Gén* 11, 1-3; 15, 1-5). Desde entonces Dios fue guiando al pueblo, constituido de la descendencia de Abrahán, hacia la tierra prometida. Y el pueblo experimenta la cercanía de ese Dios, por un lado todopoderoso, pero por otro cercano: Dios con nosotros, Enmanuel (cf. *Dt* 4, 7; *Éx* 33, 7. 9. 11; *Sal* 45 [46], 11; *Sal* 120 [121]; *Is* 41, 1-5; *Is* 43, 1-7). Cobra un valor especial la liberación de Egipto con la fiesta de la Pascua (*Éx* 12, 1-13), que repetirán anualmente para

---

[8] Juan Pablo II, carta apostólica como preparación del Jubileo del 2000 *Tertio millennio adveniente* (10.XI.1994), n. 10.

[9] Cf. R. Guardini-L. Bouyer, *Cristo, nuestra Pascua. Liturgia y misterio*, ed. A. Berlanga (*Cuadernos Phase* 226), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2015, pp. 43-47.

[10] Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, n. 16.

actualizar esa liberación (cf. *Éx* 12, 14. 24-25). Dios hace alianza en el Horeb (*Dt* 5, 2). Y le da sus normas y leyes (*Dt* 5, 1). Aunque le promete una alianza definitiva (cf. *Ez* 36, 24-28). En este proceso, Dios se va revelando al pueblo y progresivamente, le va comunicando su ser, le va haciendo partícipe de su vida, lo va santificando.

3.2. Cristo: plenitud del tiempo

Cuando toda esta preparación llega a cumplimiento, Dios envía a su Hijo al mundo, para llevar a plenitud la historia de la salvación:

> *Cuando llegó la plenitud del tiempo (chronos), envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial (Gál 4, 4-6; cf. Lc 4, 16-21).*

El Antiguo Testamento es preparación para Cristo, culmen de la historia de salvación, centro y sentido de la historia:

> *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho (Jn 1, 1-3).*
>
> *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado (Ef 1, 3-5).*

Con Jesús se produce el *kairós* definitivo, que separa los eones del pasado y del futuro, modificando el *chronos* de la historia. Y comienza el tiempo definitivo, el *aiôn* definitivo. De algún modo, el mismo Jesús lo afirmará cuando inicia su vida pública y comienza su predicación:

> *Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo (kairós) y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 14-15).*

El tiempo anterior al hecho redentor se comprende a partir de Cristo: «Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo se mantiene en él» (*Col* 1, 16-17).

Y con Cristo la revelación de Dios llega a su máximo esplendor. En Cristo se manifiesta de modo excepcional la vida divina. Cristo nos comunicó con palabras y nos mostró con hechos cuáles son los rasgos característicos de la vida

divina, esto es, la vida en la que impera el amor y no el pecado y cuya síntesis la encontramos en las bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 3-12; *Lc* 6, 20-23). El modo de proceder de Jesús incomodaba a los dirigentes judíos que buscaban el modo de matarlo. Y así fue apresado en el marco de la fiesta de Pascua. Tras ser condenado a muerte, entregó su vida por amor, ratificando todo lo que de palabra había anunciado. Y como signo permanente de su muerte salvífica, transformó la cena de Pascua convirtiéndola en el memorial de su amor, instituyendo la eucaristía: el pan pasó a ser su cuerpo entregado por la salvación del mundo; el vino pasó a ser su sangre derramada en la cruz. Pero su muerte no quedó en el silencio. La vida regida por el amor, la vida según el proceder de Dios, no quedó ahogada por el pecado, por la vida según el proceder humano. Sino que Cristo resucitó y fue glorificado.

Todo este recorrido de la historia de la salvación está sintéticamente plasmado en la plegaria eucarística IV:

> *Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote solo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida. Y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.*

Así, con la venida de Cristo la revelación divina llega a plenitud, «esta etapa final» en la que Dios «nos ha hablado por el Hijo» (*Heb* 1, 2). Con su encarnación y nacimiento, han llegado los últimos tiempos, la última hora (cf. 1 *Jn* 2, 18). Cristo se convierte, por tanto, en Señor del tiempo[11].

---

[11] Cf. M. Augé, *A través del año litúrgico. Cristo mismo presente en su Iglesia* (Biblioteca Litúrgica 49), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2016, pp. 46-50.

En la liturgia de la Vigilia pascual el celebrante, mientras bendice el cirio que simboliza a Cristo resucitado, proclama: «Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos». Pronuncia estas palabras grabando sobre el cirio la cifra del año en que se celebra la Pascua. El significado del rito es claro: evidencia que Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su encarnación y resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la «plenitud de los tiempos»[12].

De modo que, tras su resurrección y ascensión al cielo, «se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la parusía»[13], el tiempo en el que el señorío de Dios camina hacia un tiempo final, el tiempo definitivo de Cristo, hasta que como afirma Pablo: «Dios será todo para todos» (1 *Cor* 15, 28).

3.3. Celebrar las intervenciones de Dios en nuestro tiempo

La historia de la salvación, y particularmente la encarnación del Hijo de Dios, han transformado el tiempo astronómico, el tiempo histórico, en tiempo salvífico. De modo que el tiempo humano ya no es una sucesión de días, semanas, meses, años..., ni una sucesión de acontecimientos o un continuo retorno de la historia o una suma de diferentes momentos vividos, sino que se ha convertido en una presencia de Dios, y especialmente de Cristo.

«De esta relación de Dios con el tiempo nace el deber de santificarlo»[14]. Por ello, las continuas intervenciones de Dios en la historia de la humanidad, particularmente los *kairoi* de índole salvífica, han sido actualizadas por el pueblo de Israel, primero, y por la Iglesia, después.

3.3.1. El ritmo celebrativo del pueblo de Israel

El pueblo judío celebraba en el tiempo las intervenciones de Dios, dando al culto un ritmo temporal conectado con los ritmos cronológicos. Estas celebraciones son una prefiguración del culto cristiano.

A lo largo del año el pueblo de Israel revive los encuentros con Dios, volviéndolos a hacer salvíficos, principalmente la Pascua (cf. *Dt* 16, 1-17; *Lev* 23).

Cada mes se inicia con las fiestas de la luna nueva (*neomenias*) (cf. *Núm* 28, 11-15; *Ez* 46, 6-7; *Am* 8, 4-5a).

---

12 Juan Pablo II, n. 10.
13 *Ibíd.*, n. 10.
14 *Ibíd.*, n. 10.

Semanalmente hay un día —el sábado— dedicado al descanso y al culto divino, imitando al creador, que el séptimo día descansó (cf. *Gén* 1; *Éx* 20, 8-11). Además, la semana, de institución divina tal y como encontramos en el relato de la creación, es importante en el ritmo cultual judío. Así, una semana de años concluye con el año sabático, año en que debían liberarse a los esclavos y los deudores, y dejar descansar la tierra (cf. *Éx* 21, 2; *Dt* 15, 1ss; *Lev* 25, 3s). La fiesta de los ázimos y de los tabernáculos, así como la de Pentecostés, dura una semana (cf. *Núm* 28, 16-25).

Cada día, tres oraciones —mañana, mediodía y atardecer— marcaban el ritmo de la vida judía.

3.3.2. La anámnesis del misterio de Cristo a lo largo del año

Al igual que el pueblo de Israel, la Iglesia también actualiza a lo largo del año la historia de la salvación recordando las maravillas hechas por Dios, pero con una novedad absoluta: el misterio de Cristo. Así, «como ya sucedía en la religión de la Antigua Alianza, sigue sucediendo, aunque de un modo nuevo, en el cristianismo»[15].

> *La peculiaridad del tiempo litúrgico consiste por tanto no solo en haber asumido el substrato religioso y el significado histórico salvífico del tiempo según la Biblia, sino sobre todo en la referencia al misterio de Cristo como acontecimiento central y como objeto esencial de toda fiesta o momento celebrativo. Por este motivo todo tiempo litúrgico es signo de Cristo y de su obra redentora en favor de todos los hombres que vienen a este mundo*[16].

La liturgia es actualización, memorial, anámnesis, conmemoración, re-presentación, bajo signos sacramentales, de la obra de la salvación y, particularmente, del misterio de Cristo.

> *La liturgia cristiana no solo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes*[17].

De modo que, los *kairoi* divinos, y particularmente el misterio de Cristo, son actualizados por la Iglesia en la liturgia para que la santificación divina siga siendo operativa en los creyentes de cada época y lugar. En las celebraciones litúrgicas «tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio»[18]. De

---

[15] Juan Pablo II, n. 10.

[16] J. López Martín, «La Liturgia de las Horas, santificación del "tiempo de los hombres"», en «Fovenda Sacra Liturgia». Miscelánea en honor del Dr. Pere Farnés, Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica 2000, p. 281.

[17] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1104.

[18] *Ibíd.*, n. 1104.

modo que cada vez que celebramos la historia de la salvación se realiza la obra de nuestra redención[19].

> *La Iglesia [...], conmemorando así los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación*[20].

Por eso, «la Iglesia conmemora la obra salvífica de Cristo en días determinados del curso del año», desarrollando «todo el misterio de Cristo»[21].

Ocupa un lugar primordial la resurrección de Cristo que es celebrada cada semana en el día del Señor, el domingo.

> *La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón «día del Señor» o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1 Pe 1, 3)*[22].

Esta resurrección de Cristo se celebra junto con su pasión, una vez al año en el Triduo pascual. Principalmente, por el misterio pascual, esto es su muerte y resurrección, Cristo «ha cumplido la obra de la redención de los hombres y de la glorificación perfecta de Dios [...] por el cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida»[23]. Es por tanto el punto culminante de todo el año litúrgico[24]: al igual que el domingo tiene una preeminencia en la semana, la solemnidad de la Pascua la tiene en el año litúrgico[25]. Además, a lo largo del año, celebra todo el misterio de Cristo, desde su encarnación y nacimiento hasta su ascensión, la efusión del Espíritu Santo y la espera de la venida gloriosa del Señor[26].

---

19 Cf. B. Neunheuser (A. M. Triacca), «Memoriale», en *Liturgia*, D. Sartore-A. M. Triacca-C. Cibien (eds.), San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, pp. 1163-1180; A. M. Triacca, «Tempo e liturgia», en *Liturgia*, 1987-2001.

20 Concilio Vaticano II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4.XII.1963), n. 102.

21 *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario*, n. 1; cf. Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 102.

22 SC, n. 106.

23 *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario*, n. 18.

24 Cf. *Ibíd.*, n. 18.

25 Cf. SC, n. 106.

26 Cf. *Ibíd.*, n. 102.

> *La Iglesia vive y celebra la liturgia a lo largo del año. El año solar está así traspasado por el año litúrgico, que en cierto sentido reproduce todo el misterio de la encarnación y de la redención, comenzando por el primer domingo de Adviento y concluyendo en la solemnidad de Cristo, Rey y Señor del universo y de la historia. Cada domingo recuerda el día de la resurrección del Señor*[27].

4. La Liturgia de las Horas: santificación del tiempo

La presencia salvífica de Dios en nuestra historia es actualizada por medio de las celebraciones litúrgicas, que, como hemos explicado en el apartado precedente, realizan la obra de la redención. De esta manera santificamos el tiempo, transformamos el tiempo humano en tiempo de salvación. Al santificar el tiempo hacemos que Dios actúe en nosotros y entramos en relación con él.

> *Santificar el tiempo quiere decir hacerlo santo, o sea, dedicarlo a Dios, reconociendo que le pertenece a Él y que Él lo ofrece a la humanidad como un espacio y una posibilidad para entrar en relación con Él*[28].

De entre todas las celebraciones litúrgicas destacan la eucaristía y la Liturgia de las Horas.

Cada día se santifica por las celebraciones litúrgicas del pueblo de Dios, principalmente por el sacrificio eucarístico y el Oficio divino[29].

Y nosotros vamos a centrarnos particularmente en la Liturgia de las Horas.

4.1. La Liturgia de las Horas: santificación de la jornada

La característica propia de la Liturgia de las Horas es «santificar el curso entero del día y de la noche»[30], la «santificación de la jornada»[31]. Y de este modo cumplir con el ideal propuesto por el Señor de «orar siempre, sin desfallecer» (*Lc* 18, 1).

En los evangelios encontramos reflejado cómo Jesús compaginaba su actividad con intensa oración.

En efecto, los evangelios nos lo presentan muchísimas veces en oración: cuando el Padre revela su misión (*Lc* 3, 21-22), antes del llamamiento de los apóstoles

---

27 Juan Pablo II, n. 10.

28 López Martín, «La Liturgia de las Horas», p. 286.

29 Cf. *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario*, n. 3.

30 Cf. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 10

31 Pablo VI, Constitución apostólica con la que se promulga el oficio divino reformado por mandato del Concilio Ecuménico Vaticano II *Laudis canticum* (1 de noviembre de 1970), 2; cf. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 11.

(*Lc* 6, 12), cuando bendice a Dios en la multiplicación de los panes (*Mt* 14, 19; 15, 36; *Mc* 6, 41; 8, 7; *Lc* 9, 16; *Jn* 6, 11), en la transfiguración (*Lc* 9, 28-29), cuando sana al sordo y mudo (*Mc* 7, 34) y cuando resucita a Lázaro (*Jn* 11, 41ss), antes de requerir de Pedro su confesión (*Lc* 9, 18), cuando enseña a orar a los discípulos (*Lc* 11, 1), cuando los discípulos regresan de la misión (*Mt* 11, 25ss; *Lc* 10, 21ss), cuando bendice a los niños (*Mt* 19, 13), cuando ora por Pedro (*Lc* 22, 32).

Su actividad diaria estaba tan unida con la oración que incluso aparece fluyendo de ella, como cuando se retiraba al desierto o al monte para orar (*Mc* 1, 35; 6, 46; *Lc* 5, 16; *Mt* 4, 1 par.; 14, 23), levantándose muy de mañana (*Mc* 1, 35), o al anochecer, permaneciendo en oración (*Lc* 6, 12) hasta la cuarta vigilia de la noche (*Mt* 14, 23.25; *Mc* 6, 46.48).Tomó parte también, como fundamentalmente se sostiene, en las oraciones públicas, tanto en las sinagogas, donde entró en sábado, «como tenía por costumbre» (*Lc* 4, 16), como en el templo, al que llamó casa de oración (*Mt* 21, 13) y en las oraciones privadas que los israelitas piadosos acostumbraban recitar diariamente. También al comer dirigía a Dios las tradicionales bendiciones, como expresamente se narra cuando la multiplicación del pan (*Mt* 14, 19; 15,3 6), en la última cena (*Mt* 26, 26), en la comida de Emaús (*Lc* 24, 30), de igual modo recitó el himno con los discípulos (*Mt* 26, 30).

Hasta el final de su vida, acercándose ya el momento de la pasión (*Jn* 12, 27s), en la última cena (*Jn* 17, 1-26), en la agonía (*Mt* 26, 36-44) y en la cruz (*Lc* 24, 34.46; *Mt* 27, 46; *Mc* 15, 34), el divino Maestro mostró que era la oración lo que le animaba en el ministerio mesiánico y en el tránsito pascual.

Y nosotros estamos llamados como él a vivir en oración continua. Para conseguirlo, las diferentes horas del Oficio divino posibilitan momentos de oración explícita que nos permiten tomar conciencia de la presencia de Dios en la historia y en nuestra vida y, al mismo tiempo, rendirle culto; se trata de momentos en los que la relación entre Dios y los hombres se convierte en diálogo intenso[32]. En efecto, esta plegaria eclesial, que se ajusta al ritmo biológico natural —día y noche; mañana, mediodía y tarde; trabajo y descanso—, nos permite orar en los principales momentos de la jornada para que todo el tiempo de nuestra existencia y toda nuestra actividad se impregnen con la oración, uniéndose armoniosamente acción y contemplación. De modo que, por una parte, todas nuestras actividades glorifican a Dios. Y, por otra parte, Dios santifica nuestra existencia, ya que la obra de la salvación, principalmente el misterio de Cristo, irrumpe en nuestra vida introduciéndonos en la historia de la salvación: el reino de Dios llega a nosotros, esto es, somos santificados.

---

[32] Cf. J. López Martín, *La Liturgia de las Horas: Oración del pueblo cristiano* (Dossiers CPL 144), Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica 2018, pp. 137-138.

Con las Laudes matutinas se santifica el comienzo del día, pues al hacer oración al inicio de la jornada los primeros impulsos de la mente y del corazón son para Dios, antes de preocuparnos por cualquier cosa mundana o emplear nuestro cuerpo en el trabajo[33]. Además, al celebrarse con la primera luz del día, se trae a la memoria:

> *Esta Hora, que se tiene con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (cf. Jn 1, 9) y «el sol de justicia» (Mt 4, 2), «que nace de lo alto» (Lc 1, 78)*[34].

Al atardecer, se celebran las Vísperas «en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto»[35].

> *También hacernos memoria de la redención por medio de la oración que elevamos «como el incienso en presencia del Señor», y en la cual «el alzar de las manos» es «oblación vespertina» (Sal 140, 2). Lo cual «puede aplicarse también con mayor sentido sagrado a aquel verdadero sacrificio vespertino que el divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que cenaba con los apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios, y que ofreció al Padre en la tarde del día supremo, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo» (Casiano, De institutione coenobium l. 3, c. 3). Y para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, «oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna» (San Cipriano, De oratione dominica 35)*[36].

La hora intermedia —tercia, sexta, nona— se celebra entre Laudes y Vísperas, esto es, entre el amanecer y el atardecer, para santificar el trabajo[37] y recordar «los acontecimientos de la pasión del Señor y de la primera propagación del Evangelio»[38].

Como conclusión del día, se rezan las Completas para poner en manos de Dios el descanso nocturno pidiéndole que nos guarde de todo mal, como reza la conclusión de esta hora.

---

33 Cf. San Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae* resp. 37, 3.
34 *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, n. 38.
35 San Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae* resp. 37, 3.
36 *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, n. 39.
37 Cf. *Ibíd.*, n. 74.
38 *Ibíd.*, n. 75.

4.2. La Liturgia de las Horas: un camino para transcender el curso del año

Este ritmo diario de oración que marca la Liturgia de las Horas para santificar el curso del día y de la noche se prolonga a lo largo del año, haciendo que la Liturgia de las Horas también santifique el año.

Así, la Liturgia de las Horas tiene la misma finalidad que el año litúrgico, pero la diferencia entre ambos radica en el diferente modo como alcanzan su objetivo. La Liturgia de las Horas santifica el tiempo por medio de la oración, como hemos explicado en el apartado precedente. Y el año litúrgico, como también hemos explicado, es la conmemoración de la obra salvífica divina, más concretamente del misterio de Cristo, desde su encarnación hasta la expectación de su venida gloriosa, pasando por su pasión, muerte y ascensión, así como la efusión del Espíritu Santo. Por tanto, la Liturgia de las Horas santifica el tiempo de modo orante y el año litúrgico de modo anamnético.

A lo largo de la celebración continua de la Liturgia de las Horas que se va extendiendo a todos los días de los meses del año, se intensifica en la vida de cada creyente y de la comunidad cristiana la conciencia de la presencia salvadora de Dios, que día a día, mes a mes, año a año, dirige el curso de la historia y dispone a sus hijos para un diálogo más intenso con Él y una progresión en su configuración con Cristo. Reconociendo en el tiempo un don de Dios, la Iglesia lo regula y lo ordena hacia la santificación del hombre y la glorificación del Padre.

La Liturgia de las Horas, jalonando el curso del tiempo, consigue santificar la totalidad de la existencia humana, induciendo una dimensión transcendente a nuestro tiempo puramente inmanente.

4.3. La Liturgia de las Horas, amplificación de la celebración del misterio de Cristo celebrado en el año litúrgico

Recordemos que, a lo largo del año litúrgico, la Iglesia celebra la obra salvífica de su divino Esposo, destacando la pascua de Cristo, su muerte y resurrección, y desarrollando todo el misterio de Cristo en el curso anual, desde su encarnación y nacimiento hasta la ascensión, Pentecostés y espera expectante de su venida gloriosa[39].

Esta conmemoración anual se realiza por medio de la recitación de la Liturgia de las Horas, además de la celebración eucarística, la lectura del Martirologio, determinadas prácticas de piedad popular, etc.

---

[39] SC, n. 102.

Aunque todo lo anterior se centra en el misterio que en cada ocasión del año litúrgico es celebrado, bien es cierto que la Liturgia de las Horas nos ofrece un mayor número de elementos para que resuene en nuestro interior la festividad que está aconteciendo. Himnos, antífonas, salmos seleccionados, lecturas largas y breves, responsorios, preces, oraciones..., repartidos en todas las horas que conforman el Oficio divino, hacen que no solo en un determinado momento del día, como acontece con la misa o la lectura del Martirologio, sino que en toda la jornada, desde la salida del sol hasta su ocaso, resuene en el corazón de los fieles la obra salvífica realizada por Cristo en el concreto misterio que en un determinado tiempo litúrgico o en una festividad concreta se está celebrando.